

Entrevista a don Rossano Sala, Secretario especial del Sínodo

ROSSANO SALA, SDB.

Profesor en la Universidad Salesiana de Roma y director de la revista *Note di pastorale giovanile*. Ha sido Secretario Especial del Sínodo de octubre de 2018.

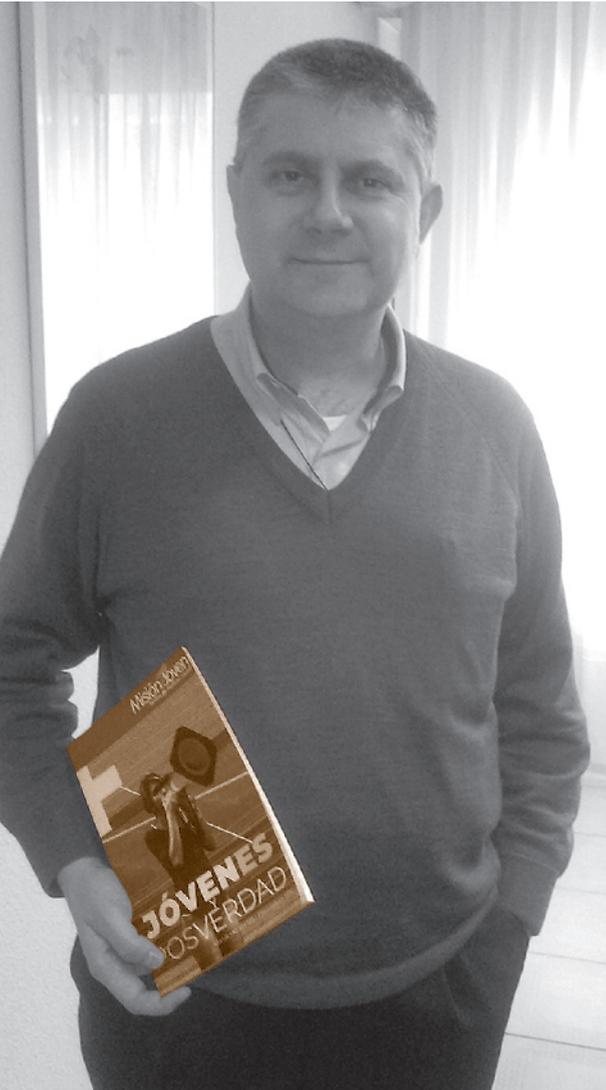
Hemos entrevistado a los dos secretarios especiales del Sínodo sobre los Jóvenes, ambos italianos: el salesiano *Rossano Sala* y el jesuita *Giacomo Costa*. Los dos nos han respondido amable y extensamente, y se lo agradecemos muy cordialmente.

1 ¿Cuál fue el clima que se vivió durante el Sínodo en las sesiones de octubre?

Para responder a esta primera pregunta, debo decir que el Sínodo es una experiencia poliédrica. En el sentido de que ha habido diferentes ambientes en el curso de la experiencia sinodal. Para limitarse solo al mes de octubre, para mí ha habido tres puntos de vista a la hora de hablar sobre el clima sinodal: fuera, dentro y detrás del Sínodo.

El primero es el “*desde fuera del Sínodo*”. Es decir, en los espacios de comunicación entre la experiencia sinodal y todos aquellos que observaron la experiencia desde el exte-

rior. El clima estuvo dominado por los periodistas, los medios y la comunicación. Aquí el ambiente general, en mi opinión, no siempre fue positivo o veraz. En general, el mundo de la comunicación y de la prensa busca lo “sensacional”, busca las noticias que son titulares, siempre busca lo que divide a la Iglesia y muy poco lo que la une y la edifica. Nosotros, que observábamos este mundo desde dentro del Sínodo, estábamos siempre sorprendidos y, a veces, desconcertados: a pocos medios les interesaron de verdad el Sínodo como tal y sus temas específicos (jóvenes, fe, discernimiento, acompañamiento, etc.). Ha predominado la pregunta y la investigación de los temas polémicos del Sínodo, y se han centrado



las preguntas en esta dirección. Recuerdo que todos los días, en el *briefing* de la sala de prensa del Vaticano, las preguntas eran casi siempre las mismas: los abusos, la sexualidad, la doctrina moral de la Iglesia, las relaciones prematrimoniales, la homosexualidad y cosas similares. Entonces, para decirlo en pocas palabras, en este primer sector el clima no siempre fue constructivo ni sereno, especialmente debido a la manipulación de los medios.

El segundo ambiente es el “*desde adentro de la Asamblea sinodal*”. Debo decir que aquí las cosas fueron exactamente lo contrario. Mi experiencia de todo el mes de octubre fue de una Iglesia viva y que se esfuerza por vivir cada vez mejor por ser un pueblo de Dios en camino. Ciertamente, con todas las dificultades que pueden existir, pero con la conciencia de ser un organismo vivo, unido y en comunión. Aquí, percibí esto: ¡la Iglesia no es ante todo una organización, sino un organismo! Capaz de conmoverse, capaz de compartir, capaz de percibir la vida de los jóvenes a partir de su propio corazón maternal y paternal. Los números 75 y 76 de *Christus vivit* hablan de una Iglesia capaz de llorar por sus hijos, hasta involucrarse con su propio corazón, capaz de sentir el dolor de sus jóvenes y de todos los jóvenes. Es un pasaje muy bonito y muy fuerte. Aquí, en el mes de octubre, experimenté esta Iglesia, donde la atmósfera afectiva era alta, donde había un deseo de comprometerse, de ser verdaderamente partícipes en la vida de las jóvenes generaciones. Vi unidad y consenso en torno al Santo Padre, y mucho amor hacia él por parte de los jóvenes presentes, sino también de los obispos y cardenales. Un clima hermoso. No lo esperábamos y fue una agradable sorpresa. ¡Me alegré de formar parte de una Iglesia como esta!

El tercer ambiente sería “*desde detrás del escenario del Sínodo*”. Me refiero a los miembros de la Secretaría del Sínodo que acompañaban el trabajo, al grupo de traductores que trabajaron todos los días hasta la extenuación, al grupo de expertos que trabajaron en la redacción del *Documento final* junto a los dos Secretarios Especiales. Aquí se dio un clima de fuerte compromiso y gran colaboración. Realmente hubo un trabajo sinodal, un caminar juntos día y noche, ¡porque los últimos diez días del Sínodo fueron realmente exigentes! Hubo verdaderamente un trabajo en equipo codo a codo y muy constructivo:

lo pasamos bien juntos desde el principio, a pesar de las diferentes procedencias y competencias. Y trabajamos muy bien, edificándonos mutuamente, enfrentándonos a las cosas que venían cada día con competencia y pasión. El que lea el *Documento final* debe saberlo: ¡es fruto de un trabajo en equipo y su calidad es la consecuencia directa de este trabajo sinodal! Detrás del escenario del Sínodo se ha respirado un ambiente verdaderamente hermoso y fecundo. ¡Para mí, inolvidable!

2 ¿Cómo fue la participación de los jóvenes en el aula sinodal?

La presencia de los jóvenes fue la verdadera novedad de esta *Asamblea sinodal*. Todos los obispos y cardenales que participaron en los sínodos anteriores notaron de inmediato que las cosas eran diferentes, que la presencia de los jóvenes había marcado la diferencia. Todos notaron esto desde el primer día.

La primera forma de hacerse presentes los jóvenes en el Sínodo fue precisamente su misma presencia, el hecho de que estaban allí. Eran casi cuarenta, sentados todos juntos en la parte superior izquierda del *aula sinodal* y eran el “sismógrafo” de la *Asamblea sinodal*. En el sentido de que fueron los primeros en “sentir” y “comunicar” su aprecio y su alegría, o sus dudas y sus perplejidades con respecto a cualquier intervención en el Aula. Cada padre sinodal tenía cuatro minutos para su intervención y al final de cada intervención hubo signos de aceptación de las intervenciones: por lo general, la fuerza y la calidad del aplauso fue la principal; pero a veces los jóvenes realmente hacían ruido para expresar su apreciación; así también se percibía fácilmente si algo no les gustaba. Así que diría: ante todo los jóvenes estaban presentes y eran agentes del Sínodo. Incluso en los Círculos menores, también en los descansos, y en los diversos momentos informales del Sínodo. Su pre-

sencia fue vista y sentida, trayendo frescura y juventud a todos y cada uno.

Pero su modo de presencia más importante fueron sus intervenciones en el Aula: cada uno de ellos tenía los mismos derechos que los otros Padres sinodales, es decir, tenía una intervención programada de cuatro minutos. Y luego, en el debate abierto -que tuvo lugar todos los días entre las 6.30 p.m. y las 7.30 p.m.-, ellos también podían perder la palabra e intervenir. Lo que más impactó de las intervenciones de los jóvenes fue su concreción: mientras algunos Obispos y Cardenales hablaban “en teoría”, los jóvenes siempre hablaban “en la práctica”, o sea, a partir de su experiencia de vida. Esto marcó la diferencia, porque ayudó a todos a confrontarse con la realidad juvenil contemporánea. La primera etapa del discernimiento sinodal fue la de “reconocer”, es decir, escuchar y ver la realidad, que ciertamente es más importante que las ideas. Estas últimas deben iluminar la realidad, de lo contrario se convierten en ideologías. Y los jóvenes nos devolvieron a la realidad, la concreta de cada día. Y esto hizo bien a todos los presentes.

3 ¿Cuáles son para ti las principales aportaciones de todo el proceso sinodal?

Ante todo, el proceso como tal. En *Evangelii gaudium*, el Papa Francisco propone el principio de que “el tiempo es superior al espacio” (ver nn. 222-225) y dice que no ocupemos espacios, sino que generemos y acompañemos procesos virtuosos. Sólo el autoritarismo y la mala gestión del poder se afanan en la ocupación de espacios. La verdadera autoridad es generativa, porque crea procesos de crecimiento, abre espacios para el contraste, ofrece tiempo para caminar y acompaña a las personas con sabiduría y prudencia para que sean mejores.

El proceso sinodal, en primer lugar, ha redescubierto una forma de vivir y trabajar juntos. Dicho con una palabra técnica, el proceso sinodal ha redescubierto la "sinodalidad", que es la belleza y la necesidad de ser un pueblo de Dios en camino, capaz de hacer que todos sean protagonistas. No es poco. Es la profecía de la fraternidad puesta en acto. En un mundo dominado por un patrón de vida individualista -donde la "ley del yo primero (*I first*)" reina, como dijo un joven cubano en el Sínodo, es decir, la ley por la que yo y mis necesidades son lo primero, por encima de todo y de todos-, redescubrir la sinodalidad es una cosa realmente notable. Redescubrir que somos ante todo pueblo, comunidad, hermanos es muy importante en este mundo tan enfermo de egoísmo y tan sediento de comunión.

A partir de esto, debo decir que el proceso sinodal ha valorado y desarrollado el tema de *la escucha*. Escuchar es difícil, porque es necesario dejarle la palabra al otro, dándole tiempo y espacio para expresarse. Pero escuchar enriquece, ayudar a crecer, abre horizontes. El proceso sinodal ha tenido el coraje de dar la palabra a los jóvenes. Esto ha hecho que la Iglesia crezca, ¡no solo los jóvenes! Estoy muy contento de que la palabra de los jóvenes no solo se encontrara en el *Instrumentum laboris* y en el *Documento final*, sino que el Papa Francisco ha dado la palabra a los jóvenes también en su Exhortación apostólica post-sinodal *Christus vivit*. Una de las imágenes más bellas de la Iglesia en este último documento está tomada de una intervención de un joven en el Sínodo: es la de la canoa donde hay jóvenes y ancianos. Me complace citar entero este texto:

En el Sínodo, uno de los jóvenes auditores proveniente de las islas Samoa, dijo que la Iglesia es una canoa, en la cual los viejos ayudan a mantener la dirección interpretando la posición de las estrellas, y los jóvenes reman con fuerza imaginando lo que

les espera más allá. No nos dejemos llevar ni por los jóvenes que piensan que los adultos son un pasado que ya no cuenta, que ya caducó, ni por los adultos que creen saber siempre cómo deben comportarse los jóvenes. Mejor subámonos todos a la misma canoa y entre todos busquemos un mundo mejor, bajo el impulso siempre nuevo del Espíritu Santo (*Christus vivit*, n. 201).

4 ¿Qué podemos esperar del post-sínodo? ¿Cómo podemos hacer para que sus frutos sean más abundantes?

El mayor problema de cada sínodo es su recepción. A veces, durante el camino sinodal, se abren muchas sendas, se tienen grandes sueños, pero luego cuesta que llegue a las Iglesias locales, es decir, que influya en los caminos ordinarios de la vida de la Iglesia. A veces todo se queda en la belleza de un evento aislado. También en la pastoral juvenil a veces pasa lo mismo: se piensa que el evento lo es todo, mientras que lo que importa es la vida del día a día, la cotidianidad.

Episcopalis communio, un nuevo documento sobre el funcionamiento del Sínodo, prevé la fase de "implementación" del Sínodo, que involucra el Dicasterio Pontificio más cercano al tema. Pero, en realidad, lo más difícil es justamente la recepción y la implementación. De hecho, nuestros caminos a nivel de Iglesia universal muchas veces son más avanzados y con más amplitud de miras -al menos a nivel teórico-, en comparación con lo que se puede hacer a nivel local. Este es un problema grave que no es fácil de resolver, porque toca la vitalidad de la Iglesia en su interior.

Estamos llamados a crear conciencia, a involucrar, a interesar. Como he viajado mucho en esta etapa, no solo por Italia, sino también por Europa y por todo el mundo, me he dado cuen-

ta de lo difícil que es entusiasmar, tocar los corazones, sensibilizar a las personas y motivarlas para volver a empezar. Algunos están, por diferentes razones, fatigados y desanimados; otros tienen entusiasmo pero no están preparados y no tienen herramientas operativas; otros todavía aun se mantienen en el campo de la misión, pero no reciben el apoyo adecuado de quienes los dirigen y deberían apoyarlos.

Una responsabilidad especial en todo esto afecta a quienes desempeñan funciones de autoridad en la Iglesia. Los obispos y los superiores religiosos, los que guían los movimientos y las asociaciones son los primeros que están llamados a actuar abriendo espacios y tiempos para el discernimiento, la participación y la acción. La palabra “autoridad” viene más de “hacer crecer” que de “autorizar”: una buena autoridad debe hacer que las personas y las acciones personales y comunitarias crezcan; juntos deben autorizar y empujar a todos para que hagan el bien, indicando el bien que se debe hacer y apoyando a quienes ya lo están haciendo. La autoridad es propositiva, antes que sancionadora, es decir, debe identificar el bien y empujar a todos a hacerlo con acierto.

El Sínodo, en el fondo, no ha dado recetas preempaquetadas ni soluciones fáciles. Pidió abrir lugares de trabajo, pidió abrir espacios para ponerse juntos en movimiento, pidió involucrar a todos, sin excluir a nadie. Quien, por ejemplo, lea todos los documentos sinodales, incluido *Christus vivit*, buscando soluciones fáciles de aplicar, se sentirá muy decepcionado. En este último documento, en cierto momento, el Papa dice: “Exhorto a las comunidades a realizar con respeto y con seriedad un examen de su propia realidad juvenil más cercana, para poder discernir los caminos pastorales más adecuados” (ChV 103). Este trabajo no puede hacerlo el Papa ni ningún dicasterio del Vaticano, sino

que implica el compromiso de cada Iglesia local. Es responsabilidad específica de esa Iglesia local y de nadie más.

5 ¿Cuál ha sido tu experiencia personal de lo vivido en todo el proceso sinodal?

Para mí, la participación en el Sínodo fue, ante todo, una gran sorpresa. Nunca me imaginé que podría vivir una experiencia como esta. Si miro mi historia y la forma en que llegué a Roma para enseñar “pastoral juvenil” y todo lo que me ha sucedido en los últimos diez años -donde se omiten todas las dinámicas de programación planificadas por mí y otras personas-, no puedo sino pensar en un “designio” que no tiene nada que ver con mis propios proyectos. La primera enseñanza que me llevo es precisamente la verdad de la “lógica vocacional”: podemos planear y planear todo lo que queramos, ¡pero luego Dios dispone como mejor cree sobre nuestra vida! Porque fue así y confirmé una vez más que Dios actúa así: es extrovertido y creativo, brillante y valiente, sencillo y generoso, siempre nuevo.

Está claro que todo esto, además de una sorpresa, ha sido un gran *regalo*. Tener un área en la Iglesia universal, ponerse a la escucha de las palabras de todos, experimentar verdaderamente muchas cosas nuevas. Un regalo especial haber tenido que trabajar con el otro Secretario Especial, el padre jesuita Giacomo Costa: ha sido un bonito trabajar a dúo, trabajar juntos, confrontar y discernir juntos, compartir nuestros dones y poner en común nuestros diferentes orígenes y sensibilidades, buscar puntos de unidad reconociendo que la verdad es verdaderamente sinfónica, no monolítica. Quizás este es el mejor regalo de toda la experiencia sinodal: realmente fue una profecía de fraternidad que un salesiano y un jesuita hayan trabaja-

do juntos, ¡y que lo hayan hecho realmente bien! Un signo de sinodalidad plenamente exitosa. Enriquecida también con la presencia de los 23 expertos del Sínodo, con quienes compartimos tanto. Ellos también hansi-do un gran regalo para mí.

Otro gran regalo fue la cercanía con el Santo Padre. En muchos momentos, desde octubre de 2016 hasta el 25 de marzo de 2019 en Loreto, tuvimos la gracia especial, como Secretarios Especiales, de haber tratado con el Papa Francisco muchas veces. Su capacidad empática, su profundidad espiritual y su cuidado para con nosotros han caracterizado su presencia durante el camino recorrido durante el Sínodo y nos han edificado.

Ciertamente la experiencia sinodal fue también un gran compromiso. En estos dos años y medio, prácticamente he tenido que suspender la investigación y la enseñanza (aunque no del todo). Tuve que trabajar mucho para el Sínodo: la recopilación de material, la lectura y escritura de algunos textos importantes, el acompañamiento constante del trabajo coordinado por la secretaría del Sínodo. Sobre todo, lo que nos comprometió mucho fue, antes del Sínodo, la redacción del *Instrumentum laboris* (una síntesis nacida del análisis de aproximadamente 20.000 páginas de aportaciones) y luego, durante el Sínodo, el trabajo de elaboración del *Documento final* (que nos exigió, en los últimos diez días de la Asamblea sinodal, un trabajo que ocupó nuestros días y nuestras noches).

La experiencia sinodal es para mí, en este momento, una enorme acumulación de riquezas espirituales, culturales, pastorales y eclesiales que todavía tengo que reelaborar completamente. Ahora necesitaré tiempo para discernir lo que el Señor realmente me pide a partir de esta experiencia: para mi vida, para mi enseñanza, para la vida de la Congregación Salesiana a la que pertenezco.

6 ¿De verdad los jóvenes son un «lugar teológico», como se dice en el *Documento final*, y nos ayudan a leer los signos de los tiempos? ¿En qué sentido?

Por supuesto, los jóvenes son una presencia teológica en la historia. Esto significa que Dios habla a través de ellos, que sus llamadas también nos llegan a través de la mediación de ellos. La teología sabe con certeza que Dios se dice de muchas maneras y habla de muchos modos. La Biblia da testimonio de que muchos jóvenes han sido espacio de mediación de la voluntad de Dios para todos. Pensad, solo por poner un ejemplo, en Daniel salvando a Susana de la lapidación. La gente reconoce en él a alguien a quien Dios “ha concedido las prerrogativas de la ancianidad” (*Dn* 13,50). Dios decide hablar con todos a través de Daniel. Se podrían poner docenas de ejemplos similares. También si partimos no solo de la Biblia, sino también de la historia de la Iglesia. Pensad en San Benito, que en los primeros números de la *Regla Benedictina* dice que cuando se trata de tomar decisiones importantes en la abadía, se debe reunir a todos y escuchar a todos, sin olvidar a los jóvenes porque, afirma con certeza, Dios se sirve de ellos para dar a conocer su voluntad. En *Christus vivit*, el Papa Francisco pone el ejemplo del Venerable Carlo Acutis, un joven que a través de Internet llevaba el Evangelio a sus compañeros (cf. números 104-106): un ejemplo para todos de cómo la nueva tecnología se puede utilizar de manera positiva y propositiva, por tanto como un auténtico “lugar teológico”.

Hay muchos signos de los tiempos. Al repasar la vida de los jóvenes, sus gustos y sus palabras, encontramos las interpelaciones de Dios a nuestra Iglesia con claridad y facilidad. Los jóvenes son “sismógrafos” y “centi-

nelas” de nuestro tiempo, es decir, son conscientes de los cambios que se están produciendo en la historia antes que otros. Son los primeros en pagar las consecuencias de la injusticia, pero también los primeros en beneficiarse de las nuevas oportunidades que aparecen en la historia. Tienen una sensibilidad mayor, y por eso perciben lo que va a llegar antes que los demás.

Escuchar a los jóvenes en serio ayuda a reconocer los nuevos desafíos para encarnar la fe hoy. Pensemos solo en los seis retos antropológicos y culturales que se han subrayado al escuchar a los jóvenes y a las Conferencias Episcopales expresados en el *Instrumentum laboris* (nn. 51-63):

- el cuerpo, los afectos y la sexualidad;
- los nuevos paradigmas cognitivos y la búsqueda de la verdad;
- los efectos antropológicos del mundo digital;
- la decepción institucional y las nuevas formas de participación;
- la parálisis en la decisión por la sobrecarga de propuestas;
- finalmente la búsqueda espiritual de las jóvenes generaciones.

Estas seis dinámicas son fruto de la escucha, y desafían a la pastoral ordinaria de la Iglesia, que debe encarnar el mensaje del Evangelio en estas nuevas condiciones existenciales. En estos seis desafíos, los jóvenes son más vulnerables a la vez que tienen más ventajas: son más vulnerables porque nadie sabe cómo hacerlo y, por lo tanto, el riesgo de ser una víctima es fuerte; y tienen ventaja porque conocen estas dinámicas antes y mejor que nosotros los adultos.

En cualquier caso, escuchar a los jóvenes y dialogar con ellos nos inserta mejor en la historia concreta de los hombres. Y sabemos que Dios, a través de la encarnación, ha habi-

tado la historia de los hombres. Por lo tanto, es claro que, si queremos encarnar mejor el Evangelio hoy, no podemos evitar confrontarnos con el mundo de los jóvenes y con sus vidas concretas. Ellos, entre otras cosas, pueden ser protagonistas de esta nueva forma de encarnar el Evangelio hoy. Y este es, en el fondo, el gran reto del Sínodo.

7 ¿Qué futuro podemos esperar para la fe cristiana en las generaciones juveniles actuales y próximas tras este Sínodo? ¿Dónde debemos poner nuestras mayores energías en la pastoral juvenil?

Las posibilidades de la fe cristiana son muchas y dependen mucho de los contextos en los que se encarna. La experiencia sinodal es verdaderamente “católica”, y por tanto universal. En el Sínodo, todos experimentamos la diversidad de la Iglesia a nivel universal, dentro de su unidad de fondo.

En algunos contextos, el presente de la fe es muy fecundo y rico. La fe se está desarrollando en algunas partes del mundo -por ejemplo en muchas zonas de África, pero no solo- de una manera poderosa y floreciente. Una fuerza verdaderamente grande para la Iglesia universal. El entusiasmo traído por estas iglesias jóvenes al Sínodo fue grandioso y las perspectivas son muy hermosas y alentadoras en esos contextos.

También las iglesias minoritarias perseguidas nos sorprendieron en el Sínodo. Sus intervenciones fueron las más alegres y luminosas. Han metabolizado el ser un “signo” en su territorio. Un “signo” no es el todo, pero sí una clara señal de cómo se vive y por qué se vive. Nos edificaron con su fe fuerte y bien arraigada, especialmente las iglesias de Medio Oriente aportaron mucho al Sínodo.

En nuestros territorios europeos -y en general en aquellos con un alto índice de secularización- la fe está llamada a renovar su calidad de manera nueva, pasando de la humillación a la humildad. Aquí estamos cada vez más invitados a ser una minoría profética y creativa. Aquí estamos verdaderamente llamados a ser profetas. Debemos esperar, después de siglos de "dominación" cristiana, un retorno a una comunidad más pequeña, más confiada y más alegre. A ser una Iglesia libre de tantas servidumbres organizativas y de gestión del poder, capaz de ser un signo luminoso de ese "pequeño resto" capaz de marcar la diferencia. Capaz de ser sal, levadura y luz para todos.

La pastoral con y para los jóvenes depende mucho de esto. Por referirme a este último contexto, el más europeo, me parece que debemos ser capaces de no perder nuestra identidad en un momento en que todavía estamos tentados de tomar en nuestras manos las riendas de todos y seguir diciéndoles lo que tienen que hacer. La dialógica se juega esencialmente entre la "Iglesia de la gente", que necesita una pastoral juvenil en clave popular (cf. *Christus vivit* nn. 230-238), y una Iglesia que se centra en su propia dinámica vocacional, que tiene necesidad de la pastoral juvenil "en términos vocacionales" (cf. *Documento final*, n. 138-143). En este momento estamos dentro de una oposición bipolar que nos obliga, por un lado, a no abandonar la idea de que realmente somos "pueblo de Dios" (corriendo el riesgo de caer en cierta superficialidad en la experiencia creyente, que a veces se convierte en solo una pertenencia cultural más que una opción convencida) y, por otro lado, a abrazar la fe de una manera personal y, por lo tanto, entendida vocacionalmente (arriesgándonos, sin embargo, al menos ahora, a caer en un elitismo de la fe, que a veces se vuelve exclusivo y excluyente). Mantener estos dos polos juntos en nuestra propuesta es la tarea de nuestro tiempo, me parece.

También en lo que respecta a los caminos de la pastoral juvenil.

Concluyo esta reflexión diciendo también que en realidad estoy hablando del presente, y no quiero aventurarme a exponerme demasiado en cuanto al futuro. En realidad el futuro está en manos de Dios. No sabemos realmente qué pasará con el mundo, con el cristianismo y con la fe en los próximos años. La "lógica vocacional" nos dice que en la vida todo es impredecible, y que nuestros proyectos deben realizarse, pero han de ponerse en manos de Dios y su Espíritu. Por eso es importante, más que proyectar y planificar, entrar en el ritmo del discernimiento, que justamente nos hace proyectar en el Espíritu. Estamos llamados a vivir el presente como un don y a dar lo mejor de nosotros haciendo lo que en el Señor nos parezca bueno y justo.

8 ¿Cuál ha sido la aportación del Sínodo sobre el discernimiento?

El itinerario del discernimiento en el Sínodo fue muy curioso. Partimos de la necesidad de acompañar a los jóvenes en su camino de discernimiento vocacional y hemos llegado a comprender que el discernimiento es la forma de la Iglesia en un momento de cambio de época como el nuestro.

El discernimiento, antes que ser personal, es una experiencia de la vida de una comunidad en camino y a la escucha de su propio tiempo y del Señor. Es el fruto de la oración y la cercanía con el Señor. Es una experiencia espiritual, más que una técnica organizativa. La palabra "escucha" vuelve así a ser central, junto con la palabra "silencio". La comunidad cristiana es tal porque mantiene sus oídos siempre atentos hacia el Señor que habla y hacia todas las mediaciones de laas que Él se sirve para ayudarnos a descubrir su voluntad.

Ha habido algunos momentos de conversión sobre este tema en el Sínodo. En mi opinión, dos son muy claros, y brevemente los repaso aquí.

El primer se refiere al objetivo del acompañamiento. ¿Por qué acompañamos a una persona joven? ¿Por qué nos reunimos en oración ante los desafíos de la vida? ¿Por qué le pedimos a alguien que consideramos sabio y prudente que nos acompañe en el viaje de la vida y en el momento de nuestras elecciones? Para discernir la voluntad de Dios, que se encuentra en medio de tantas trampas del Maligno y de tantas voces perturbadoras. Es decir, el discernimiento es una meta, es el punto constante al que apunta la conciencia creyente. En el *Instrumentum laboris* primero se hablaba del discernimiento y luego del acompañamiento. Durante el debate sinodal hemos captado la idea de que el discernimiento es el primer y más importante objetivo del acompañamiento y, por lo tanto, en el *Documento final* se invirtieron estas dos partes: primero la parte sobre el acompañamiento y luego la parte sobre el discernimiento.

El segundo se refiere, en cambio, a la relación entre el nivel personal y el nivel de la

comunidad, tanto del discernimiento como del acompañamiento. Aquí, también, partimos de la centralidad del nivel personal y llegamos juntos a un gran redescubrimiento de la Iglesia como la matriz del acompañamiento y del discernimiento. Es la Iglesia en su conjunto, como casa y familia de Dios, el lugar donde se respira el aire puro de la acogida y la escucha, donde hay espacio para la palabra de todos, donde nadie debe estar ni sentirse excluido. La Iglesia es la casa del discernimiento y la familia en la que nos acompañamos unos a otros.

El discernimiento, después de todo, fue concebido en el Sínodo como el estilo de la Iglesia. Precisamente porque se están produciendo muchos cambios, el discernimiento es esencial para reconocer cuáles de ellos provienen del Espíritu y cuáles, por el contrario, provienen del Maligno y de sus efectos nocivos. Como la confusión es cada vez mayor, necesitamos discernir para orientarnos. Una Iglesia que no discierne es ingenua, y corre el riesgo de caer en dos tentaciones que son, si lo pensamos bien, fruto de la superficialidad espiritual de una Iglesia a la que le cuesta dejarse renovar:



Pidamos al Señor que libere a la Iglesia de los que quieren avejentarla, esclerotizarla en el pasado, detenerla, volverla inmóvil. También pidamos que la libere de otra tentación: creer que es joven porque cede a todo lo que el mundo le ofrece, creer que se renueva porque esconde su mensaje y se mimetiza con los demás (*Christus vivit*, n. 35).

9 ¿Esperas que la «sinodalidad misionera» que pide el Documento final sea llevada a la práctica en muchos lugares o se quedará solo en un buen deseo no realizado?

Esta pregunta se refiere a algo que ya he dicho sobre la recepción del Sínodo y su implementación. Ciertamente hay fuerzas que reman contra la “sinodalidad misionera”. Ante todo el “clericalismo”, pero también el “centralismo”. Estas son dos formas de pensar el ejercicio del poder y la forma misma de la Iglesia que, en conjunto, se refieren a los mismos problemas básicos.

El “centralismo” se refiere a la relación entre la Iglesia universal y la Iglesia particular. La idea de que las cosas de todos se deciden en el centro y luego en la periferia simplemente se deben “aplicar” los protocolos ya decididos siempre es posible. Para algunos también es fácil, porque libra de la dificultad de hacer discernimiento. Este centralismo además, como el clericalismo, es un juego a dos bandas: por un lado, un centro que quiere dirigir y le cuesta escuchar, y por el otro una periferia a la que le cuesta involucrarse y regresar una y otra vez a limitarse a ser alguien que “ejecuta” órdenes dadas desde arriba. Esto crea un cortocircuito del que es difícil salir.

El “clericalismo” está más preocupado por las relaciones internas de los diferentes esta-

dos de vida del cristiano. Pensar que solo los clérigos son los sujetos de la acción pastoral, y todos los demás son solo simples destinatarios, es la base del clericalismo. Volver a la idea de que la plataforma bautismal es el corazón de la vida cristiana y el motor de la misión que pertenece a todos, no será fácil. Aquí también se trata de un juego a dos bandas: los clérigos que toman posesión de un todo que simplemente no es suyo, y los demás que, después de todo, están contentos siendo pasivos y pasando por simples destinatarios.

En ambos casos, la Iglesia no funciona realmente como cuerpo y no es de verdad un cuerpo. Hay quienes hacen demasiado (y no deberían hacerlo, porque corren el riesgo de hacerlo mal y agotarse, como lamentablemente les sucede a algunos miembros del clero, cuya generosidad unilateral los lleva al agotamiento) y hay quienes hacen muy poco (y corren el riesgo de perder el ritmo de la vida cristiana, como muchos laicos que se han vuelto pasivos y se han quedado adormilados en la Iglesia, mientras que tendrían mucho que decir y hacer en ella). La *Sinodalidad misionera* es una palabra que podría poner a todos en su lugar y hacer que todos se sientan protagonistas en su campo. Repito, no será fácil. Llevará tiempo, paciencia y prudencia. Pero este es el camino de renovación que Dios espera de la Iglesia del Tercer milenio.

10 ¿Por qué se ha dado tanta importancia a la formación en el Documento Final? ¿Qué debemos mejorar en este aspecto?

La formación es la concreción de la conversión. Si el Evangelio de verdad me ha atrapado y me ha cambiado mi vida, tengo que ponerme en un estado de formación continua. El

Documento final concluye con un capítulo completamente dedicado a la formación, precisamente porque debe ser el punto de partida para la implementación del Sínodo. Es un entrenamiento diseñado para todos, sin excepción. Creo que puedo decir que estamos llamados a desplegar una labor continua e intensa en varios campos.

Pienso en el *trabajo espiritual*. Se trata de la laboriosidad con Dios, quien entra, a través del silencio y la contemplación, de la Palabra que salva. Nuestra relación con Dios es nuestra primera escuela de formación. Como hizo María, que estaba a los pies de Jesús para escuchar su palabra (cf. Lc 10,38-42). Los jóvenes nos pidieron que los acompañemos a través de experiencias capaces de despertar en ellos esa sensibilidad espiritual, muy ausente en este mundo tan frenético e invasivo. Necesitamos escuelas de oración, propuestas de espiritualidad, experiencias de contemplación.

Paso a hora a la *laboriosidad cultural*, de la que ya he hablado al presentar los desafíos antropológicos y culturales de nuestro tiempo. Debemos sumergirnos en nuestro tiempo con ojos simples pero profundos, confiados en que el diálogo y el confrontarnos son herramientas adecuadas para entrar en el corazón de nuestra era y comprender sus dinámicas. No podemos esquivar la idea de que la encarnación nos urge a implicarnos en el mundo en que vivimos, a no abandonarlo a sí mismo. Estamos llamados a estudiar la cultura, que es el espacio de encarnación de la fe.

Y llego a la *laboriosidad pastoral*, fruto de un discernimiento maduro sobre el “porqué” y el “cómo hacer” para caminar con los jóvenes hoy. Los retos son muchos, y el Sínodo los ha planteado en varias ocasiones, ofreciendo también ideas y compartiendo buenas prácticas: pienso, por ejemplo, en el hecho de que debemos formarnos para trabajar juntos en equipos en los que todos puedan compartir

sus recursos; o en la capacidad de trabajar en red con otros sujetos civiles y sociales; o también en que debemos aprender a comunicarnos mejor en este mundo nuestro tan hiperconectado pero lleno de nuevas soledades; o en que debemos saber cómo involucrar mejor a los jóvenes proyectado con ellos la pastoral. Aquí podríamos llegar lejos, porque las propuestas han sido muchas.

El aspecto particular en el que insistiría mucho es el de la comunidad. Los jóvenes nos piden una “profecía de fraternidad” y en este asunto del estimarnos unos a otros, colaborar juntos y vivir en comunión, estamos bastante atrasados y debemos recuperar rápidamente el terreno perdido si no queremos ser insignificantes para los jóvenes.

11 ¿Qué coincidencias encuentras entre el estilo pastoral salesiano y las propuestas del Documento final del Sínodo?

Ha habido mucho de espíritu salesiano en el Sínodo. En primer lugar, el tema: hablar de jóvenes significa tratar directamente con el carisma de Don Bosco. Luego, la presencia de muchas personas pertenecientes a la Familia Salesiana en el Sínodo: éramos oficialmente 18, pero muchos de los presentes tenían alguna relación con nuestro carisma salesiano. Pensemos para empezar en el Papa Francisco, que fue bautizado por un salesiano, Don Enrico Pozzoli, nacido en Lombardía y misionero en Argentina. Es el mismo que le acompañó en su discernimiento vocacional. Muchos otros de los presentes en el Sínodo expresaron su gratitud a Don Bosco y a la Familia Salesiana.

Más allá de estas anécdotas simpáticas, creo que nuestro próximo Capítulo General XXVII, que tendrá lugar en la primavera de 2020

en Turín, deberá aprovechar la experiencia sinodal. Aquí también, me parece, se trata de poner en práctica un verdadero y preciso intercambio de dones: como carisma específico tenemos algo que dar a toda la Iglesia; por otro lado, la Iglesia en su conjunto tiene algo que dar al carisma salesiano hoy. Somos miembros de un cuerpo en el que debemos hacer bien nuestra parte.

Me parece que lo más importante que podemos dar a la Iglesia universal es la pasión por los jóvenes. Todo esto está bien resumido en el artículo 14 de nuestras *Constituciones salesianas*, que dice lo específico nuestro, aquello de ser “signos y portadoras del amor de Dios a los jóvenes”:

Nuestra vocación tiene el sello de un don especial de Dios: la predilección por los jóvenes: “Me basta con que seáis jóvenes, para que os ame con toda mi alma”. Este amor, expresión de la caridad pastoral, da sentido a toda nuestra vida.

Por su bien ofrecemos generosamente tiempo, cualidades y salud: “Yo por vosotros estudio, por vosotros trabajo, por vosotros vivo por vosotros estoy dispuesto incluso a dar mi vida”.

Estamos llamados a decir a toda la Iglesia y a la sociedad entera que amar a las generaciones más jóvenes no es algo *opcional*, especialmente hoy. Fue preocupante en el Sínodo la denuncia de cierta pérdida de pasión educativa por parte de la sociedad y también en la Iglesia. Con nuestra presencia y nuestro entusiasmo estamos llamados a despertar esta pasión en todos y en cada uno. De la Iglesia universal debemos aprender a perder el tiempo pensando y profundizando las cosas que nos apasionan. La Iglesia ha dedicado tres años a pensar en los jóvenes, no una

semana. A veces nuestro entusiasmo puede ser superficial, no arraigado en la oración y en la vida de fe.

Mirando los tiempos de la Iglesia y los tiempos del Espíritu, somos una Congregación relativamente joven, porque tenemos poco más de 150 años. Así que corremos el mismo riesgo que los jóvenes. Hay un hermoso capítulo en *Christus vivit* dedicado a la relación intergeneracional. Es un caballo de batalla del Papa Francisco, que pide a los jóvenes que permanezcan arraigados en la experiencia de su tierra y de los ancianos para no perder sus raíces. Me gusta leer este capítulo precisamente desde el punto de vista de la relación entre la Iglesia universal y la Congregación Salesiana: somos un cuerpo y debemos formar un cuerpo con la Iglesia, pero cuidando de no desarraigarnos de la tradición bimilenaria de la Iglesia, que ha acumulado tesoros útiles para todas las estaciones. Por eso me gustaría concluir esta entrevista citando el comienzo de ese capítulo de *Christus vivit*:

A veces he visto árboles jóvenes, bellos, que elevaban sus ramas al cielo buscando siempre más, y parecían un canto de esperanza. Más adelante, después de una tormenta, los encontré caídos, sin vida. Porque tenían pocas raíces, habían desplegado sus ramas sin arraigarse bien en la tierra, y así sucumbieron ante los embates de la naturaleza. Por eso me duele ver que algunos les propongan a los jóvenes construir un futuro sin raíces, como si el mundo comenzara ahora. Porque «es imposible que alguien crezca si no tiene raíces fuertes que ayuden a estar bien sostenido y agarrado a la tierra. Es fácil “volarse” cuando no hay desde donde agarrarse, de donde sujetarse» (ChV 179).

ROSSANO SALA, SDB